

Una historia vulgar (1896)

¡Oh! Me cautiva, en las mañanas de primavera, esa Alameda de México, donde los estudiantes pierden el tiempo, agrupados en esta o aquella glorieta, sobre una novela naturalista o un *reportazgo* sensacional; donde las niñeras, en tanto que los bebés juegan cerca de ellas con la matraca, con el aro, con el velocípedo, charlan o dormitan! Las niñeras de albísimas cofias y delantales de *imperial*, cómo me hacen pensar en aquellos días, ya tan lejanos, en que pasaban por mi mente en regocijada turba Tom Pouce y Pulgarcillo, la Caperucita Encarnada y el Príncipe Deseo, Blanca de Nieve y los Siete Enanos!

En la gran avenida que limita el paseo por el lado Sur, el eterno y desbordante hormigueo de pedestres afanosos, de trenes elegantes, de bicicletas fantásticas; en la Mariscal, San Juan de Dios y San Hipólito, el trajín perenne de tranvías y carros, y ahí, en medio de las dos arterias, los umbráticos árboles llenos de frufús de hojas satinadas y levísimos crujimientos de brotes encinta, en preñez plena, entre cuyos ramajes se cuelan los rayos de un sol limpio y ardiente, dejando un reguero de manchas circulares en los céspedes el *ch... ch...* persistente del vapor de la estufa, el comadreo de los pájaros y la suave frescura del ambiente. Y juego la guapa muchacha que atraviesa, contoneándose, las glorietas, rumbo a Plateros; el joven teniente que la persigue, tieso, marcial, solemne, con la siniestra sobre la empuñadura de la virgen espada; la familia lugareña que se detiene frente a la gran pajarera; el papelero, que nos pasa por los ojos el periódico, caliente aún de la mañana; el gendarme, que recorre a lento paso las calzadas, agitando a guisa de batuta la barnizada macana; los chillidos del motor de los caballitos; el quejumbroso acento del orquestrión, que rumia *Sobre las alas y Después del baile*, y el *run run* de la podadera que tritura la hierba lacia y húmeda, verde esmeralda.

Se está bien ahí a la sombra, en la banca de hierro, con el autor favorito en la mano.

Y en una de esas bancas, frontera al minúsculo *chalet* de la Dirección General de Paseos, y en una de aquellas mañanas de efluvios frescos y cielo limpísimo, leía yo, Pascual Aguilera, un libro de Daudet.

¿No han oído ustedes por ventura mi nombre? ¿No lo conocen? Pues a dar un vistazo a los aparadores de las principales librerías de la capital, amigos míos, que aquí hallarán entre un *Pachín González* y una *Juanita la Larga*, en *dieciseisavo*, con blancos forros y rojo título, mis versos: *Lieder de Nieve*. ¡Oh mis versos! ... No se venden mucho que digamos, pero, en fin, se ven ahí, que es lo que importa, codeándose con el sabroso castellano de don Juan Valera. Además, yo no necesito que se vendan. A todos los que me han dicho: “Hombre, ¿dónde están tus versos que quiero comprarlos?”, les he respondido: “De ninguna manera; yo te regalaré un ejemplar.”

Así veo que lo hacen los otros autores y el procedimiento me parece muy natural.

Y porque es muy natural, la sorpresa que recibí aquella mañana fue muy grande; si, muy grande.

Imagínense ustedes que una muchacha, la más linda que he conocido, precedida de su criada y con un libro en la mano, llegó a donde yo estaba; que ambas se instalaron a mi lado, la muchacha cerca, cerquita de mí; que en tanto que la fámula hacía vagabundear sus ojos por la glorieta inmediata, la niña abrió su libro y se puso a leer, y que aquel libro, era... el mío *Lieder de Nieve*. ¡Si no lo conociera yo! Me bastó una ojeada discreta a los forros que estaban al alcance de mi vista por la posición en que la muchacha leía... Imagínense ustedes todo esto y conciban mi alegría infinita, la oleada de vanidad que invadió mi cabeza, la emoción que hizo latir con sordo *pum pum* mi corazón.

No, ni el elogio melifluido que al aparecer en parte visible de un periódico desflora un nombre inédito, ni el aplauso estrepitoso que premia las décimas efectistas dichas con miedo pueril en una velada ni el abrazo efusivo del pontífice literario, que nos dice: “Leí sus versos, joven; promete usted

mucho”; no, nada de esto es comparable a lo que yo experimentaba.

-¡Pónganse ustedes en mi lugar!

Apenas repuesto de mi emoción intenté seguir en el rostro de la muchacha, un rostro moreno, con bellazones de melocotón y sonrosados de manzana, alumbrada por ojazos fulgurantes, tórridos, de terciopelo; intentó seguir, digo, las impresiones que despertaban mis versos... y ¡oh Dios mío sucedíanse los rubores y las palideces, como se suceden en las nubecillas del caso en una tarde de julio; y había entre las grandes pestañas rizadas relampagueos fugitivos y entre el rojo de los labios aguanosos sonrisas enigmáticas.

¿Y cuáles leería?

Hubiera sido indiscreción intentar sorprenderla; mas el libro estaba abierto hacia la medianía... Eran, sin duda, aquellos endecasílabos:

Princesita, ya vuelca la mañana
sus ánforas de luz y en los alcores...

Sin duda, sí ¿no se advertía acaso en su faz la alegría de la vida que despiertan tales versos? O más bien los otros:

Tardes grises, tardes grises,
sin fulgores, sin matices.

porque tras la repentina irrupción de júbilo ensombrecía sus ojos algo como la proyección de una ala negra.

También podían ser aquellos:

En la urna bermeja de tus labios
mi espíritu está preso...

Es claro, puesto que sonreía mostrando la sarta láctea y fresca de los dientes.

Ya no podía contenerme; adoraba ya a aquella mujer y se atropellaban por salir a mis labios palabras iguales a semejantes a éstas: -Señorita yo soy Pascual Aguilera, el autor de los versos que tanto la emocionan, y la ama a usted y quiero que sea usted mi novia. Ya lo había presentado al escribirlos; pasaba usted por mis sueños, vestida de luz de luna, tenue y poética como una Ofelia... (Oh ámeme usted; nadie me ha amado hasta hoy; no había logrado encontrar el alma gemela de la mía! Si viera usted qué caudal de ternuras intensas llevo aquí dentro! ...Vamos, no sea usted mala señorita mía, princesita mía, corazoncito mío ámeme usted!

Pero me contuvo a tiempo la arisca fisonomía de la criada.

Y entre si me atrevo o no me atrevo, transcurrieron algunos minutos, hasta que -¡siempre la casualidad amiga da de Eros!- el Argos de rebozo, dijo a la lectora:

-Niña, voy a estirar los pies par aquí cerca.

Frase muy vulgar, no vacilo en confesarlo, pero que martilló en mi oído como un repique de gloria.

Asintió la joven con un movimiento de cabeza, y no bien hubo dada la fámula algunos pasos, inicié mi peroración:

-Señorita... yo...

Distrajo del libro la mirada y sentí que sus ojos sorprendidos se chavaban en los míos

Iba a desfallecer, pero cobrando ánimos como pude, continué:

-Dispense usted, y no se incomode; decía que yo que yo soy el autor...

No pude continuar; se enredaban en mi lengua has palabras rebeldes.

Ella, al hacerse cargo de mi embarazo estuvo a punto de soltar a todo trapo la risa mas a tiempo mordióse el forro de los carrillos, y ya medianamente seria, preguntó

-Luego usted escribió esto?

Esto; la palabra era despectiva...

-Si-dijele-,yo, ya, que la quiero a usted...

Sonrió y se ruborizó ligeramente.

-Vamos-insistí más animado- la quiero a usted sin remedio mucho, mucho, y...

-Pero qué susto me ha hecho pasar!-exclamó interrumpiéndome-. Figúrese que cayó la carta cerca, cerquita de mamá, que estaba conmigo en la ventana, y que si no ha sido porque disimulo mucho, nos lucimos. Y después, cuando iba a leerla en el despacho de papá, llegó mamá y apenas tuve tiempo de ocultarla en este libro que estaba sobre el escritorio. En toda la noche me fue imposible leerla..., es tan larga y tenía ya tanto miedo... A cada paso salía mamá con que: -Apaga la luz y duérmete- niña Por fin, hoy, dije que iba a misa, y..., con el librito en el bolsillo, vine a la Alameda...

No, no desfallecía tampoco entonces, mas confesemos que había razón para morir de tristeza.

¡Mi libro había servido para ocultar una cartita amorosa de un Don Nadie, de esos que tras hora y media de oso a favor de la noche arrojan billetes a las ventanas!

Vanos entusiasmos de la vanidad. Y pumpuneaba, ahora tristemente, mi corazón y me decía: -Ya no hay Ofelias, ya no hay Eros, ya no hay Lauras, Pascualilo; mata en ti el microbio literario, abencerraje anacrónico; búscalo en tus glóbulos y extráelo, si quieres ser feliz.

Pero urgía dar un paso... La joven callaba y yo me ponía de todos colores. ¿Apechugaría con la paternidad de eso?

Pero, ¡Dios mío! ¿y si estaba plagado de disparates ortográficos?

No; era mejor hablar claro, resolviendo al ridículo, y con voz cuyas inflexiones parecían recorrer toda la gama del despecho y del desencanto, dije a mi compañera:

-Siento desengañar a usted, pero no me refería a la carta.

-¿Cómo?¿Qué quiere usted decir?

- Que no soy el autor de eso, sino de lo otro..., pues..., del libro.

-¡Ah!

- ¿Acaso no se le ocurrió a usted hojearlo ?

Se ruborizó hasta las orejas y volvió entre sus dedos el tomo, que... ¡estaba al revés!

Quedaba un supremo refugio a mi vanidad acorralada, corrida, en vías de capitular.

Puesto que tenía el libro en su casa, lo habían comprado; luego *se vendía*.

Lo tomé suavemente de sus manos y volví a la primera hoja. En ella había esta dedicatoria de mi puño y letra: "Al ilustre escritor y diputado H. H."

-Mi padre- dijo la niña designando con su índice sonrosado el nombre aquél.

Su padre, sí, que tampoco lo había leído, porque el libro no estaba desflorado...

Y para eso se llama uno Pascual Aguilera, se es poeta y se escribe un libro intitulado *Lieder de Nieve*.